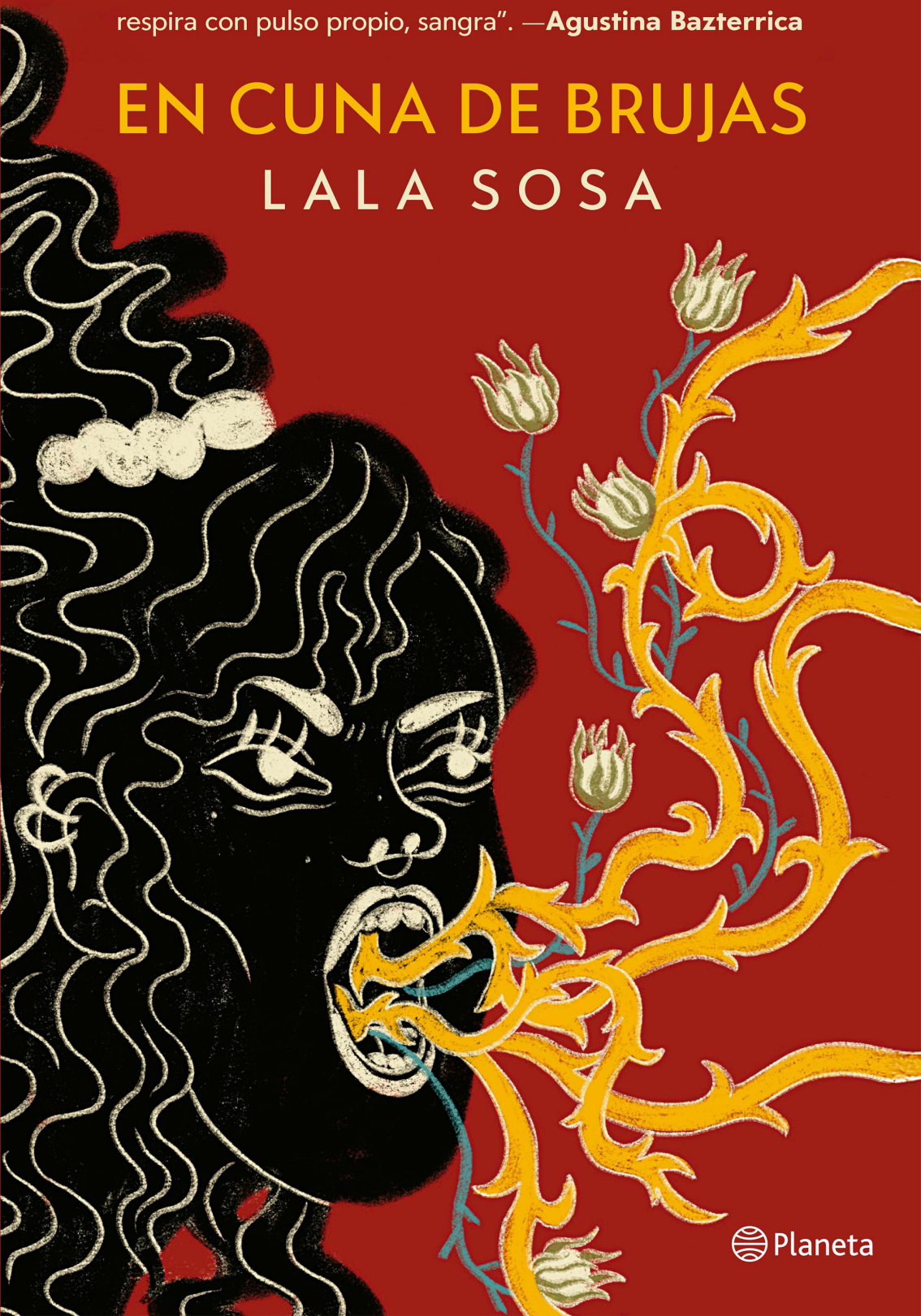


"Te recomiendo muchísimo este libro porque muerde, está vivo, respira con pulso propio, sangra". —**Agustina Bazterrica**

EN CUNA DE BRUJAS

LALA SOSA



LALA SOSA

EN CUNA DE BRUJAS

ESTELA

Si no tuviera un agujero de carne podrida en el pecho, me arrodillaría a rezarte. Pero el susto me sacó la voz y avanza, bosque en llamas, me seca todo el cuerpo. Postrada, enferma, ida, así dice la nena de mí. Encuevada estoy. Eso querría decirle yo. No es el cuerpo el que cede. Lo que me encierra en mi carne y me paraliza. No sé salir. Hueco cerrado.

Víctor, decime. ¿Dónde está mi hijita? No la encuentro. Tampoco a la Virgen. Ojos velados tengo. El susto adentro.

Víctor, decime. ¿Te enteraste? Me juraste protección. Yo te di un altar, mi cuerpo. Acá estoy. Hablame.

Víctor, decime. ¿Me escuchás? La nena más grande me pasa el paño mojado por la frente. Lo hace con miedo: *está muerta mamá, qué le pasa a mamá*. Teme, lo dijo llorando, lo dijo acá, a mi lado. Habla como si yo no estuviera. La veo pero no me mira.

Víctor, decime. ¿Qué me hiciste? Yo te di un altar. Una nena se me fue. Esta no me encuentra los ojos.

Vos me cuidabas para que nada me volviera. Una es canal, decías, no pide el daño, no pide la fortuna, una

deja que el pedido la atraviere y se encuentre con el destino. Así es el trabajo, le vuelve a quien lo pide. ¿Quién pidió dejar postrada a una madre? A mí nada me vuelve, decías, vos me cuidabas, pero el cuerpo niega el pacto. ¿O no ves que no me muevo?

Afuera prenden velas. La foto de mi hijita entre santos enjambrada. Le prenden a cualquiera. Con esa luz la alejan. Se la llevan.

La calle me nombra: ¡No la cuidaste, es tu culpa!

La más grande pregunta: mamá, ¿por qué no la cuidaste?

Y yo te pregunto, Víctor: ¿por qué no la cuidé?

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Desde adentro del susto veo de a ratos todo oscuro, sin caras. Afuera una mancha. Seco el hilo de agua que nos unía. Nada me arrastra. En la garganta algo aprieta.

¡Hablame! Si a la nena la mataron, decime. Decime porque yo lo siento en las manos.

¡Hablame! Si estas manos le acunaron la vida. Si estas manos le trenzaron el pelo, la lavaron. ¿Por qué ahora están vacías? Duras están mis manos.

¡Hablame! Por qué no decís nada. Por qué si soy tu altar a mi hijita me la mataron igual.

CAMILA

Las colillas de cigarrillo de mi hermana siguen, manchadas con rouge, tiradas en el cantero de la Virgen Negra.

Me acuerdo del sabor a frutilla que dejaba en cada pitada compartida, de las charlas en la puerta de casa viendo pasar los trenes abarrotados de gente, y las chispas sobre los rieles estallándonos cerca.

Doy la última pitada al cigarrillo y lo apago sobre la tierra, a los pies de la imagen. Es raro que no se haya roto, después de tantos años. Papá hizo un buen trabajo cuando la cementó a pedido de mamá.

Pienso en si ya se habrá enterado, si la policía habrá dado aviso: *fue una tragedia, Camila*. Eso me dijo la fiscal Benedetti. La palabra me parece grande y al mismo tiempo no me alcanza.

Hace mucho que no visito a papá, que no paso el verano con la familia de la costa. Mi papá es un padre de estación. A esta hora debe estar bordeando el agua gese-lina, dejando huellas de pies pesados que se arrastran a paso lento, temeroso de que las válvulas no lleven sangre al corazón.

Busco su contacto y escribo «murió la Viole». Borro el texto antes de enviarlo. Alguien va a avisarle, si no lo verá en la tele, como mis vecinos.

El video de mi hermana muerta está en todas partes, por eso nos dejan velas y ofrendas en la puerta. Se las dejan a mamá. Lo hacen por Estela, la curandera, no por mi hermana, esa *pendeja puta*.

Alguna colgó una foto plastificada de Violeta en la reja de metal que separa nuestra calle de las vías. Debajo hay flores, todavía frescas, y carteles que no quiero leer. También estampitas y velas de supermercado con la foto de algún santo. La calle parece un santuario y la prefiero a entrar a casa, donde todo es un museo mortuorio: el último vaso en el que tomó gaseosa mi hermana, sus pantuflas al lado del sillón, su perfume en las gomitas de pelo que quedaron sobre la mesa. Y mamá, postrada en su cama, sin decir una palabra. Completamente ida.

No sé cómo estar adentro. Tampoco qué hacer con la acumulación de ofrendas que crece en la vereda.

La fiscal Benedetti me dijo que en cualquier momento van a allanar la casa. No me preocupa que miren las cosas de Violeta, pero sí las de mamá. Antes de bajar al cantero escondí todo lo que pude: las velas negras, las bolsitas con yuyos, los frascos con líquidos raros, las fotos dobladas con nombres escritos detrás. Metí todo en la alacena de la cocina, entre las ollas, como si con eso alcanzara para que no lo vean. Me da miedo que entren y digan que acá se hacen cosas raras, que empiecen a sacar conclusiones erróneas sobre mamá, sobre nosotras.

Las clientas de las torres, que tanta plata le dieron a mamá en el último tiempo, son las que más flores trajeron. La del chalet de al lado se encargó de apilarlas. ¿Mamá querrá que tire todo a la basura?

Agarro una de las velas y huelo su aroma a limón.

Algo en el movimiento de la llama me recuerda la última noche que fui hija única, cuando tenía cinco años y mamá me enseñó a prenderle velas a la Virgen Negra. Aunque tuviera un vestido celeste con caracoles me daba un poco de impresión porque tenía los ojos cubiertos por una venda.

—Se llama Estela Maris —dijo mamá cuando me vio alejarme con los fósforos en la mano. Yo estaba descubriendo el fuego y cada vez que me dejaban prenderlo me sentía grande y feliz. Si me alejaba era porque de verdad tenía miedo, ella sabía—. Se llama igual que mamá, vení, Cami, mirala de cerca.

También recuerdo que esa noche, mientras prendíamos velas celestes, mamá dejó una mancha líquida en el piso de la cocina. Me acuerdo porque pensé que se había hecho pis y me causó mucha gracia, hasta que le vi la cara de susto. Estaba agachada, arrastrando una servilleta por el piso y llevándosela a la nariz.

Me dijo *rompí bolsa* y me contó que ese olor raro era el líquido que protegía a mi hermanita dentro de su panza, que se agachó a comprobarlo para estar segura de que tenía que ir al hospital.

—Lo mismo pasó con vos, no te asustes.

La veía moviéndose de un lado para el otro, buscando papeles y armando el bolso.

Papá miraba todo sentado en el sillón, no sabiendo por qué hueco de ese torbellino meterse. No quería ir a la clínica, no quería acompañarla a mamá ni estar presente en el parto.

—No puedo ir, ¿quién se va a quedar con Cami?
—preguntó y prometió estar atento al teléfono por cualquier urgencia.

Mamá lo mandó a la mierda. Me tapó los oídos y me llevó a la cama, pero igual escuché todo. Gritaba más fuerte que la voz nasal y chillona del locutor de fondo que repetía los mejores goles de la jornada. Entre una andanada y otra aguantaba una contracción que la doblaba de dolor y la obligaba a hacer silencio.

«Ojalá no sea tuya» fue lo último que murmuró antes de meterme en la cama y apagar la luz.

Al lado estaba la cuna de mi hermana, llena de juguetes.

Cuando me quedé sola me metí adentro. Armé una trinchera de peluches y en algún momento me quedé dormida. De fondo, las risas de la televisión me hacían compañía.

Ya siendo más grande me enteré de que mi hermana había nacido con el cordón umbilical alrededor del cuello y la cara morada, por eso el nombre. Que a mamá le había costado horas sacarla, que los médicos se le subieron encima y le metieron mano y suero hasta que no aguantó más.

—La Viole se dio cuenta y se acomodó a último momento, porque se estaba ahorcando. Igual me la sacaron con fórceps, por eso quedó medio loquita —dice mamá cada vez que recuerda.

Prendo otro cigarrillo y veo el tren, que pasa chirriando detrás de la cerca. La ráfaga que se levanta mueve la foto de mi hermana y las flores mal atadas. ¿Qué haría ella con mamá así? ¿Llamaría al médico? ¿A las viejas de la parroquia? ¿Se iría corriendo, aterrada? Diría que siempre supo que mamá iba a terminar mal, que así terminan todas las brujas.

El olor a limón de las velas se mezcla con el humo de alguna leña. Todavía es temprano, los del caserón de enfrente deben estar empezando un asado.

El humo me saca el poco aire que me queda. Tiro el cigarrillo hacia las vías. Le escribo a Emilia, mi novia. Solo un «hola», esperando que esté despierta. Necesito que me abrace y me lleve con ella, no quiero que pise mi casa ni Liniers, aunque le parezca pintoresco. Ni siquiera el dolor me saca la vergüenza de que vea cómo vivimos.

Algunas velas a mi alrededor empiezan a derretirse y van dibujando ríos espesos entre las baldosas. Sigo la forma como si esperara ver dibujarse una palabra, como si esperara que mi hermana muerta pudiera hablarme a través de desechos de cera.